



Trazo

Una línea gruesa que atraviesa el papel no deja respirar la vereda vacía. Otra indecisa que arranca con resignación se apresura hasta la cuneta, es decir a la increíble curva graciosa en la que pierde grafo. De allí arranca una espiral. ¡Ah! de la que sale un humito indescifrable, algo que podría leerse como la fotografía del error del dibujante, o una quemadura en el papel sin dejar huellas sobre el boceto. El albur del trazo.

La poderosa saña del cielo nublado no permite que se distingan las líneas que unen el barandal de pesadas flores del Viburnum de las cruces de borde evanescente que asoman como restos de un cementerio abandonado. Cómo se logró que trasluzca el cielo en el dibujo es tan increíble para mí, como el resultado de un tiroteo de estrago. Se arriesga cualquier herida contra el viento o la bajada. Calas y malvones blancos. Una sábana de brillo empañado y tardón. Luego, cosa extraña, no se eligieron 'brachichitos' ni coronillas, sino un rodal de gingkos, —esos árboles prehistóricos que vienen de China del Este— para marear al poderoso número de formas previsibles que acechaban alrededor.

Más abajo, está el parche de flores como arca reclinada en el aljibe dispuesta a sonar en otra posición. El zaguán sobrio. Evadiendo la necesidad de esa deliberada relación entre la casa y el campo, hay grietas pálidas y esponjadas donde brotan saxífragas. Algún tipo de eminencia ceremonial, mejor de ceremonia de reconciliación, podría intuirse en el detalle prolijamente trazado a una escala 1/250. Fue pensado como la visibilidad mundana de alguna intimidad enganchada en flagrante. Una vaporización del último estado corpóreo que tuvo la trasera del patio, que no se entiende bien si está espejeando entre la veranda oscura y la piedra amarilla del centro o es un recuadro en estado de transparencia para poder pensar el potrero saturado de gris. Ese límite de lo lejano es un eslabón de matices celosamente administrados. De ahí se llega a un islote inesperado. El rectángulo está seco. Es una especie de brete para imaginarse lo que luego se convertirá en un espejo de agua impávida. Tiene los bordes sucios como los labios que algunas viejas solteronas intentan recubrir infructuosamente de forma con gruesos lápices de

labio de color granate. Entiendo que tendrá borde de ladrillo.

De golpe se me hace que descubro los telones deslumbrantes de sol, desprendiéndose del zaguán como un bombazo de fulminato. Un remedio de luz amarilla, dorada, ocre, tierra de Siena. Que toda inmediatez se vuelva palpable a través de cercos y de arriates, me parece un alegato formidable. Entre la casa y el jardín, el zaguán. Entre el zaguán y las ruinas de la tapera del 1800, una cinta de plantas perennes. O la metáfora excéntrica de cómo podría terminar el mundo si no siguiera decayendo incesantemente hacia una escena anterior por el tobogán de una pantalla virtual. Entre los intervalos y las ilusiones ópticas de los lugares a cielo abierto que las plantas hacen evidente, se cumple la travesía hacia las formas más simples y los arquetipos despegados de las viejas ilustraciones y del suelo arado. La escenografía cobra vida. De adentro hacia afuera cuántos zaguanes de cristal encajonan lo que el ojo sólo puede ver después que se lo imaginó el oído y siempre a ciegas, se palpó como un esmalte de estaciones intermedias o versiones imaginarias.

De las volubles imágenes no se puede esperar una buena descripción del tiempo. De los lugares, no se puede desprender la emoción del que sueña. En los labios de los que duermen no se debería buscar el ruido de la fuente.

Una antesala de la forma se ha volcado en el papel. La forma del problema. Cómo imaginar la distancia. Del boceto ha nacido el número y una certeza de alquitrán. Un travesaño entre espacios invisibles. La sucesión para atravesarlos con emoción. En el zaguán se comprende el resto. El trazo cero. Allí.